



Meyibó

REVISTA DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

NÚM. 4, NUEVA ÉPOCA, JULIO-DICIEMBRE DE 2011



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
Instituto de Investigaciones Históricas
Tijuana, Baja California



LAS INSTITUCIONES DE FRONTERA: LA ARQUITECTURA MISIONAL EN BAJA CALIFORNIA EN LOS SIGLOS XVIII-XIX

Miguel Ángel Sorroche Cuerva
Departamento de Historia del Arte.
Universidad de Granada, España

Fecha de recepción: octubre de 2011

Aceptación: diciembre de 2011

RESUMEN

L

os espacios periféricos en los territorios de la Corona española entre los siglos XVI y XIX constituyeron ámbitos de especiales condiciones debido a su lejanía de los centros de decisión, a las características de las poblaciones indígenas que los habitaban, y en el caso del gran norte, por su clima extremo en comparación con el de los valles centrales de México. Estas circunstancias obligaron a buscar soluciones para su administración, donde las instituciones implicadas se vieron obligadas a cumplir funciones distintas a las de su propio fin. En el caso de las misiones bajacalifornianas, su papel fue más allá de la mera evangelización y adoctrinamiento de la población indígena, llegaron a funcionar como instrumentos de control político y territorial puestos al servicio de la Corona.

En este texto abordamos el análisis de las instituciones de frontera como componentes de un organigrama básico que sirvió para estabilizar espacios expuestos a tensiones y presiones externas, integradas dentro de unos espacios que deben ser analizados desde una perspectiva integral para su correcta comprensión.

Palabras clave: frontera, arquitectura misional, Baja California, México.

INTRODUCCIÓN

La década de los años ochenta del siglo XVII conformó uno de los periodos más intensos en la consolidación de las fronteras septentrionales del virreinato de Nueva España, donde la presencia española se vio obligada a una revisión de su papel.¹ Etapa decisiva en la definición de las prácticas a emplear, en el caso de Baja California supuso un intento de los jesuitas para llevar a buen puerto la evangelización de un territorio al que la Corona había vuelto la espalda en diversas ocasiones. Desde el siglo XVI, la dureza del entorno y la falta de riquezas evidentes que justificaran la inversión de tiempo y dinero habían determinado los programas a aplicar. La complejidad de la ocupación era evidente y la variedad de condicionantes justificó la tardanza en alcanzar el éxito.

En 1699 una expedición que el padre Piccolo llevaba a cabo desde Loreto a la contracosta de la península en el Pacífico, para buscar un lugar adecuado y seguro para los galeones que llegaban desde Manila, evidenciaba que además de su función evangelizadora, la Compañía de Jesús era una pieza clave en las expediciones que buscaban un mejor control del territorio ocupado.²

No se puede olvidar que este territorio era parte de la frontera norte de Nueva España y aunque con distinta y desigual intensidad, en relación a otras regiones, su condición externa le convertía en ámbito ansiado por naciones como Inglaterra.³ Ello

¹ David J. Weber, *La frontera española en América del Norte*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

² Ignacio del Río (ed.), *Crónicas jesuíticas de la Antigua California*, México, UNAM, 2000, pp. 19-29.

³ En el contexto de la frontera fueron diversas las potencias internacionales que buscaron ocupar un territorio excesivamente grande como para ser controlado por una sola nación. Dependiendo del área encontraremos a unas u otras. En el caso del Pacífico, debemos sumar a los ingleses, los holandeses y rusos. En cambio en la costa atlántica y en los territorios de la Florida y el

obligó a las instituciones implicadas a realizar un sobresfuerzo para conservar una estabilidad que era frágil y conseguir que el orden político se hiciera efectivo ante sus condiciones precarias, fueran fronteras marítimas o terrestres, lo que se reflejó en expediciones e inspecciones que ampliaban y reorganizaban los territorios controlados en función de la disposición monetaria que pudiera mantenerlos.⁴

Presidios, misiones y complemento de ellas, las haciendas, fueron el testimonio desequilibrado, pero tangible, a través del cual se evidenció el nuevo orden instaurado en el que también jugaría un papel destacado la población indígena, conformando una red de factores que proyectan la complejidad de los elementos a considerar. Los tres componentes sociales protagonistas de la expansión fronteriza, el militar, el religioso y la sociedad civil, fueron piezas clave para entender el establecimiento. De ellos sería la misión la que adquiriría un desarrollo específico como elemento necesario para la consolidación de la evangelización y el adoctrinamiento de los indígenas, retomando un protagonismo perdido inicialmente y convirtiéndose, a partir de finales del siglo XVI en fundamental, ante el desarrollo de los acontecimientos bélicos que se tornaron evangelizadores por el fracaso del enfoque original y que fueron tan determinantes en la centuria siguiente.⁵

golfo de México, será Francia quien centre las preocupaciones de la Corona española. A partir del último cuarto del siglo XVIII se incorporarían con un protagonismo cada vez mayor los Estados Unidos, que protagonizarían algunos de los episodios más conocidos en ámbitos como el texano.

⁴ No podemos olvidar que los problemas que se podían hacer evidentes en estos territorios, más allá de los externos, suponía tener presentes las mismas condiciones internas en las que las presiones de grupos como el civil sobre el eclesiástico, a cuenta del acceso de la mano de obra indígena, será una cuestión a valorar casi de una forma constante en cualquiera de los territorios americanos. Para entender esa complejidad, cfr. Salvador Bernabéu Albert, *El gran norte mexicano. Indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*, Sevilla, CSIC, 2009.

⁵ Philip W. Powell, *La guerra chichimeca (1550-1600)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Una revisión de los elementos que han trascendido los límites del tiempo y se presentan como testimonios culturales, permitirá entender las distintas fases y el proceso histórico que se desarrolló entre la tímida llegada de los españoles en el siglo XVI, la independencia de México y el posterior reajuste fronterizo con los Estados Unidos, en el siglo XIX. En ese sentido, tanto la misión como el presidio fueron instituciones de frontera con una carga militar y religiosa evidentes a las que se sumó la política; sin olvidar a la hacienda como complemento que garantizaría la estabilidad de ambos.⁶ En cualquier caso, son espacios que hablan de una multifuncionalidad que en el contexto bajacaliforniano hizo que la misión aglutinara todas las funciones iniciales, en un modelo en el que tuvo mucho que ver el jesuita.⁷

UN CONTEXTO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO ESPECÍFICO: LA FRONTERA

Señala Albert B. Nieser en su estudio sobre las misiones dominicas en Baja California que los acontecimientos que se desarrollaron a nivel mundial, en la primera mitad del siglo XIX, hicieron olvidar en parte el problema y la situación de las misiones bajacalifornianas.⁸ Esta idea que se podría hacer

⁶ En ese sentido, la hacienda funcionó como elemento complementario a la misión y el presidio, aunque su papel no se puede menoscabar. En efecto, funcionaron como apoyo al abastecimiento de las misiones y como piezas clave en la localización de puntos estratégicos que garantizaran los recorridos por los caminos reales que se definieron a partir de la segunda mitad del siglo XVI.

⁷ José Luis Bermeo (coord.), "Misiones jesuitas", *Artes de México*, núm. 65, 2003. En este número se hace un repaso exhaustivo del papel universal de la misión y de los jesuitas en una época tan trascendental como la Edad Moderna.

⁸ Esta perspectiva global del problema es abordada por otros autores que defienden una visión del proceso en conjunto: "La simpatía de Bolton y los más puros boltonianos por los misioneros españoles ha afectado negativamente la imagen de esta institución en los Estados Unidos; y en general, la actuación española. Ha sido también desmesurada, en términos proporcionales, la

extensible a los inicios del siglo XVIII con la Guerra de Sucesión a la Corona española y sus consecuencias económicas, obliga a tener presentes circunstancias históricas y a englobar los procesos que afectaban a los territorios hispanos, dentro de una dinámica más amplia que hace valer la cadena de acontecimientos de distinta índole y que en este caso afectaron al proceso misional del extremo noroccidental de Nueva España.⁹

Aunque pueda resultar paradójico, desligar algunos acontecimientos que se desarrollaron en América de los que se producían en la península ibérica, puede impedir una comprensión adecuada de los procesos desencadenados, de tal forma que se debe hablar de dos niveles distintos de hechos que confluyen en una misma dirección y permiten aclarar e interpretar lo acontecido. La diacronía de los sucesos en Nueva España y la

atención al tema misionero y su limitación a los territorios que hoy son parte de la Unión, aunque hay intentos recientes de remediar carencias. También hay nuevos enfoques y temas de investigación en línea con la renovación que la *New Western History* viene propugnando para la interpretación de la *American Frontier*. Pero si la nueva "historia misional" no tiene en cuenta la totalidad de las Américas corre el peligro de quedar reducida a la historia de territorios que fueron o todavía son marginales o de frontera". Alfredo Jiménez, *El Gran Norte de México. Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*, Madrid, Editorial Tébar, 2006, p. 228.

⁹ "En estos cambios influyeron circunstancias internacionales y coloniales. La compra de Luisiana en 1803 ofreció a los colonos minas y tierras más prometedoras que las de Baja California. Los yanquis se abalanzaron sobre Texas y la Alta California, pero Baja California estaba fuera de este plan. La ocupación de España y Portugal por Napoleón en 1807 y 1808 cortó las líneas de comunicación con España y Roma, por lo que oficiales y eclesiásticos actuaron sin mando superior. En Nueva España los gobernantes estuvieron en crisis constante desde la revuelta de Hidalgo de 1810. El imperio fugaz de Iturbide después de la Independencia de México dio pie a una serie de dictadores militares; el más importante Santa Anna, bajo cuyo gobierno Texas se separó de México y tuvo lugar la guerra con Estados Unidos. Aunque buques de guerra de ese país capturaron a las autoridades de Baja California, la península fue devuelta a México, pues la tierra era inútil". Albert N. Nieser, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California (colección Baja California: Nuestra Historia, núm. 14), 1998, p. 234.

sincronía con algunos procesos hispanos confluyen en más de una ocasión y de su lectura por separado resulta un ejercicio carente de significado.¹⁰

Del mismo modo, considerar que aquellos sucesos son sólo consecuencia de un momento específico como el siglo XIX, haría perder la perspectiva de un proceso que iniciado en el siglo XVI, ha sido valorado en su integridad por escasos historiadores a un lado y otro del Atlántico, que han sabido encuadrarlos en una correcta contextualización.¹¹ Esta propuesta involucra a todos los componentes participantes, necesarios para entender la dinámica histórica en la que se vio envuelta España en América, e incorpora elementos aparentemente dispares como los asiáticos, que tanta repercusión tendrían a partir del 1565 y que afectarían a la misma intervención de la Corona en Baja

¹⁰ La mencionada Guerra de Sucesión que se inicia en España a la muerte de Carlos II y que llevaría al trono a Felipe V, es considerada por algunos autores como la justificación de la ausencia de financiación de algunos capítulos como el desarrollado por los jesuitas desde el último cuarto del siglo XVII en Baja California. Entre otros, J.S. da Silva Dias, *Influencia de los descubrimientos en la vida cultural del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

¹¹ Posiblemente la opinión de uno de los historiadores más clásicos y reconocidos en la historiografía española permita hacerse una idea de este tipo de perspectivas que en un momento dado afectarán a la misma visión que desde la frontera se tenga en el ámbito norteamericano, es decir, la aproximación global e integral a su estudio: "Aunque más dinámica que la Alta, la Baja Edad Media española medía su ritmo por siglos: se necesitaron dos, el XI y el XII, para decidir si España sería europea o africana, y en los siglos XIV y XV España se abrió a otros horizontes, los mares del vasto mundo. A la vez que esto ocurría en Occidente, la Europa nuclear, desde los Pirineos hasta el Elba, heredera del Imperio Romano de Occidente, quedaba libre de la amenaza de las estepas de Asia. No así el antiguo imperio de Oriente, luego llamado Bizantino, engullido lentamente por los otomanos, substraído a la cristiandad y a las formas de vida y cultura ligadas a ella. En el otro extremo de Asia, una China milenaria, inalterable, continuaba desplegando sus ciclos, mientras en el occidente de Eurasia se incubaba el Gran Viraje". Antonio Domínguez Ortiz, *España, tres milenios de historia*, Madrid, Marcial Pons, 2001, p. 131. Para una visión global de la cuestión, véase Serge Gruzinski, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

California, al garantizar el recalco de los galeones provenientes de Manila.¹²

Por ello, hablar de frontera es referirse al vasto territorio que desde La Florida y hasta California se mantuvo en los límites septentrionales de un contexto en el que se aplicaron unas sistemáticas de actuación, que forman parte de los patrones americanos desde el siglo XVI y que autores como Cline propusieron abordar dentro de la contextualización de una idea global de la frontera.¹³ Desde que H.E. Bolton habló en la década 1920 de la *borderlands* han sido muchos los enfoques que se han aproximado a un tema complejo por las realidades que vincula, pero que ejemplifica la necesidad de una visión en conjunto para evitar valoraciones parciales del tema.¹⁴

La idea de una frontera en la que se puede registrar la huella de la presencia española como exponente de una realidad más compleja donde intervienen elementos indígenas y otros de matiz europeo, es un elemento a considerar en tanto que se convierte en resquicio de un pasado que hoy se proyecta a través de múltiples factores.¹⁵ Y sobre todo cuando desde ciertas

¹² "En aquel milenario desplazamiento del centro de gravedad de la cultura humana desde Egipto a Grecia y luego a Roma, tras el intermedio de los siglos oscuros le llegó el turno al extremo Occidente, a los pueblos de la península ibérica. Ellos protagonizaron la más grande aventura jamás realizada, la circunnavegación del planeta, en unos sitios plantando jalones, en otros implantándose de modo definitivo, trasplantando personas, creencias y modos de vida incubados en el extremo euroasiático a escenarios más vastos. El viraje de Magallanes-Elcano materializó esta revolución sin precedentes y el tratado de Tordesillas dio marco legal al más ambicioso, al más increíble de los proyectos: el reparto del Globo entre dos pueblos". Antonio Domínguez, *España*, 2001 p. 131. Cfr. John H. Parry, *Europa y la expansión del mundo. 1415-1715*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

¹³ Cfr. David J. Weber, "La idea de la Spanish Borderlands" en Salvador Bernabéu Albert (ed.), *El septentrión novohispano: Ecohistoria, sociedades e imágenes de frontera*, Madrid, CSIC, 2000, p. 188.

¹⁴ *Ibid*, pp. 177-196.

¹⁵ El libro de Bolton en cuestión es *The Spanish Borderlands: A Chronicle of Old Florida and the Southwest*, publicado en 1921. *Ibid*, p. 177.

líneas historiográficas solamente se enfatizan los antecedentes ingleses, holandeses y franceses en un espacio donde en ocasiones se ignora o se requiere revisar el papel la presencia hispana.¹⁶ Se abriría de esta forma un camino en el que el propio Bolton iría adentrándose para perfilar esa idea de lugar y proceso, que a la vez definiría todo este componente fronterizo del que hablamos y que refleja esa complejidad.¹⁷ Sobre todo desde el punto de vista de su enfrentamiento con la visión de quienes no ven en estos territorios una región unitaria y con una historia digna de mencionar, que no puede entenderse desligada de los territorios limítrofes actuales de México y Estados Unidos, definiéndose, en definitiva, como espacios de intercambio y mezcla, idea muy alejada de esa otra perspectiva rígida que vincula a la frontera con el aislacionismo propio de una región extrema.¹⁸ Un reconocimiento de esa realidad la debemos extender a Howrad Howe Bancroft, quien consiguió recuperar en el primer cuarto del siglo XX esa perspectiva diversa del pasado, marcando de todas formas una dirección que ha determinado todo el siglo XX.¹⁹

CORONA E IGLESIA

Dentro de esa perspectiva global y compleja es desde donde hay que valorar el papel de las dos instituciones protagonistas del proceso. En ese sentido, se entenderán los vínculos entre Corona e Iglesia, tan estrechos a lo largo de la historia y en el caso de Nueva España es el papel de los virreyes, algunos de ellos con funciones de obispos, los que ejemplifican esta idea.²⁰

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ En trabajos posteriores como "Expansión defensiva española y su significado en las Borderlands" de 1930, Bolton ahonda en la significación y explicación de lo que el consideraba como borderlands. *Ibid.*, p. 178.

¹⁸ *Ibid.*, p. 182.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 183-185.

²⁰ La legitimación que la Iglesia otorgaba a las acciones de la realeza no

Son diversos los autores que reconocen esta proximidad en el *modus operandi* americano. La aceptación de la proximidad en la relación de ambas es, en definitiva, la aprobación de una manera de entender el control de los nuevos territorios, ya ejercido de alguna forma en la península ibérica, conformando una proyección de esa manera de entender la estructura y funcionamiento del poder político, marcado esencialmente por la ideología religiosa.²¹

El capítulo americano en su globalidad no se entiende sin el beneplácito de la Iglesia, y la especificidad de Baja California aporta la necesaria adaptación de los esquemas diseñados a las nuevas situaciones que se generaban ante la dimensión y el desconocimiento de la realidad a la que se enfrentaban, tal y como se había dado desde los primeros episodios desarrollados en América.²² Aproximarse a los acontecimientos que se producen, desoyendo lo sucedido en los momentos finales de la edad media peninsular, posiblemente impida una comprensión de aquellos, sobre todo desde el mismo momento en que Iglesia y Corona tuvieron los mismos intereses para alcanzar objetivos comunes, no exentos de tensiones.²³

era nueva. Capítulos destacados como las coronaciones de Carlo Magno en Aquisgrán o la de Carlos V en Bolonia, son reflejo de una necesaria ratificación de cara a una población que veía en sus reyes y emperadores a los defensores de una cristiandad que garantizaba su unidad y su defensa frente a las amenazas exteriores. Propuestas que encontrarían su final en el siglo XIX.

²¹ Jiménez, *El Gran Norte*, 2006, pp. 191-252.

²² María Teresa Pita Moreda, *Los predicadores novohispanos del siglo XVI*, Salamanca, Editorial San Esteban, 1992; Antonio Garrido Aranda, *Organización de la iglesia en el reino de Granada y su proyección en Indias. Siglo XVI*, Sevilla, Universidad de Córdoba/EEHA, 1979.

²³ El proceso histórico que se cierra con la entrada de los reyes católicos en Granada se puede ver con dos ejemplos: en el retablo mayor de la capilla real de Granada, obra de Felipe Bigarny y fechado en 1520-22, se escenifica la entrada de los monarcas en la ciudad en uno de los relieves del banco del mismo, donde se les representa junto al cardenal Cisneros a caballo y simbólicamente con el religioso tallado delante de ellos. La estrecha relación de ambos estamentos tiene otro episodio en el palacio de Carlos V, donde la fachada occidental del

LA CONSOLIDACIÓN DEL CONTROL TERRITORIAL: LOS PRESIDIOS

La imposición del nuevo orden encontró en la fuerza un mecanismo efectivo que no siempre se aplicó con éxito, a pesar de que la Corona lo utilizó para patentizar su presencia.²⁴ La expansión hacia el norte novohispano no fue fácil y la necesidad de controlar a los grupos indígenas, tan variados como los territorios que ocupaban, requirió en determinados momentos de una represión eficaz que cortara los intentos de insurrección, a lo que se sumaba la amenaza de las potencias europeas que presionaban en la zona por tierra.²⁵ La programada construcción de presidios a lo largo de los itinerarios que se habían abierto entre los nuevos yacimientos mineros en el norte y centros como Guadalajara o la propia ciudad de México, permitió definir tanto los procesos de localización como el diseño de los edificios destinados a albergar las guarniciones militares que protegerían los límites del territorio administrado y los bienes y personas que transitaban por ellos.²⁶ No obstante, no en todos

edificio muestra el papel de emperador y defensor de la unidad religiosa de su imperio, en los relieves que decoran los frentes de los pedestales que sostienen las medias columnas que flanquean la entrada y en los que las escenas de la batalla de Mühlberg, ponen de manifiesto las luchas de religión de Carlos V y a la vez la clara intención sobre su disposición por acabar con cualquier ataque que atente contra dicha unidad. Cfr. Earl E. Rosenthal, *El palacio de Carlos V*, Madrid, Alianza, 1988; y Pedro Galera Andréu, "Carlos V y la Alhambra" en *Carlos V y la Alhambra*, Catálogo de la exposición celebrada entre el 24 de julio y el 30 de diciembre de 2000, Granada, Patronato de la Alhambra y el Generalife Consejería de Cultura, 2000, pp. 21-52

²⁴ La imagen de un gobierno aplicando justicia y albergando la cárcel como espacio coercitivo tuvo en la Edad Media ejemplos destacados en los ayuntamientos que se construyen en gran parte de España y donde la sede del gobierno civil era además el espacio de policía en el que se recluía al condenado.

²⁵ Jiménez, *El Gran Norte*, 2006, p. 193.

²⁶ La dimensión de su empleo no sólo se ve en América, sino en su misma construcción en territorios como el africano, básico en la política exterior española, con lo que debemos entenderlo como un elemento estructural dentro de la dinámica de expansión. Cfr. Luis Arnal, "El sistema presidial en el septentrión novohispano, evolución y estrategias de doblamiento", *Scripta Nova*,

los territorios se actuó de la misma manera. En la expansión hacia el norte y en la ocupación de los territorios de La Florida y Texas, el papel del fuerte y del presidio se impuso de una forma clara ante el carácter militar de la ocupación, ya que su enfrentamiento era básicamente contra la potencia europea que amenazaba su hegemonía. No debemos olvidar que la Corona proyectó su poder desde el componente militar y empleó el fuerte y el presidio como base para ello. Se trataba de una primera respuesta a la necesidad de controlar el territorio, subestimando el papel que habrían de tomar las poblaciones indígenas que los habitaban y obligarían a replantear la estrategia, dando prioridad al carácter religioso.²⁷

No obstante, el número de soldados enlistados era a todas luces insuficiente para intervenir en unos territorios tan vastos, por lo que debemos pensar que la misma arquitectura de fuertes y presidios debió jugar un papel complementario a la función del edificio, cumpliendo una función intimidatoria,

Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, vol. X, núm. 218 (26), agosto de 2006; José Manuel Serrano Álvarez, "Cabildo y presidios en Texas en los tiempos de Felipe de Rábago", en *El municipio indiano: relaciones interétnicas, económicas y sociales*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2009, pp. 383-392; Salvador Álvarez, "Haciendas y presidios en la protección del Camino Real de Tierra Adentro", en Manuel Criado de Val (coord), *Caminería hispánica. Actas del III Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, Morelia, Michoacán, 1997, pp. 293-300; y Rafael Gutiérrez Cruz, "La Corona española y el gobierno de los presidios africanos: las instrucciones al comendador Girón en 1540", *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España*, V *Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, 1998, pp. 449-460. Para revisar la integridad territorial mexicana articulada a partir de los caminos reales, Chantal Cramaussel (ed.), *Rutas de la Nueva España*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 2006; y Ramón María Serrera, *Tráfico terrestre y red vial en las indias españolas*, Madrid/Barcelona, Ministerio del Interior/Lunberg Editores, 1992.

²⁷ Cfr. Powell, *La guerra*, 1996, pp. 149-164; y Beatriz Braniff C. (coord.), *La Gran Chichimeca. El Lugar de las rocas secas*, México/Milán, Conaculta/Jaca Book, 2001.

tanto por su presencia en el paisaje como por su misma estructura, simbolizando el poder coercitivo de la Corona.²⁸

Como señalamos, en el caso bajacaliforniano las circunstancias habían propiciado un cambio en el sentido del control territorial, en el que los jesuitas determinaban la dinámica de un proceso que además de religioso había adquirido claros tintes políticos.²⁹ Ello explica que la presencia evidente del cuerpo militar fuera paralelo e incluso a posteriori del proceso de ocupación, como consecuencia de las sublevaciones de los grupos indígenas en momentos puntuales y que llevaron a la construcción de dos presidios (en la misión de Loreto y en la de San José del Cabo) de los que apenas si nos han llegado referencias y que no tuvieron un papel efectivo treinta años después de su fundación.³⁰ Esta circunstancia cambiaría durante el periodo franciscano y dominico, cuando se quiso dar un mayor poder de decisión al estamento militar, viniéndose abajo el organigrama jesuita. No obstante, dentro del planteamiento dominico la misión de San Vicente Ferrer tendría el papel de cabecera, al albergar en sus instalaciones no sólo las funciones religiosas, sino las militares como la sede del destacamento de soldados.³¹

²⁸ En el caso de las misiones de Baja California es sintomática la diferenciación del componente militar entre las misiones jesuitas en las que aparece más como componente decorativo tanto en las dependencias que se construyen junto a la iglesia como en el mismo edificio religioso; y las misiones dominicas que desde la década de los años setenta del siglo XVIII buscan cerrar el camino Real de las misiones y en las que sí se diferencia del núcleo misional el espacio en el que se aloja la guarnición militar.

²⁹ Ignacio del Río, *El régimen jesuítico de la Antigua California*, México, UNAM, 2003.

³⁰ No se puede olvidar, no obstante, la presencia de militares desde las primeras expediciones como elemento de seguridad que debía ofrecer una protección a los religiosos encargados de evangelizar a las poblaciones indígenas.

³¹ Para entender el papel de los otros grupos sociales dentro del organigrama de las misiones bajacalifornianas, cfr. Lucila del Carmen León Velazco, "Indígenas, misioneros y soldados en Baja California durante la administración franciscana y dominica", en Miguel Ángel Sorroche Cuerva, *El Patrimonio cultural en las misiones de Baja California. Estado de la Cuestión y perspectivas*

Un análisis comparado con otros programas constructivos y presidios permitiría comprender su inserción dentro de un organigrama más amplio, desarrollado y destinado a controlar toda la frontera norte de Nueva España, donde el sometimiento de las poblaciones indígenas y como ya hemos señalado, la necesaria presencia frente a las presiones de otras potencias internacionales como Inglaterra, Holanda o Francia, hizo necesaria su construcción.³² Un amplio proyecto surgió al amparo de la protección y garantía del transporte de bienes, servicios y personas por los nuevos itinerarios que comunicaban la capital del virreinato con los centros mineros del norte, constituyendo los Caminos Reales.³³

LA ARQUITECTURA MISIONAL BAJACALIFORNIANA

En Baja California es la misión, sin duda, la que se convertiría en el mejor exponente de la nueva etapa que comenzó a configurarse a finales del siglo XVII, fusionando en ella las distintas

de futuro, Granada, Atrio, 2011; y Mario Alberto Magaña Mancillas, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur /Instituto Sudcaliforniano de Cultura/El Colegio de Michoacán/Conaculta, 2010.

³² La misma política de Felipe II en el siglo XVI, le llevó a tener esa visión global de la frontera marítima del imperio cuando mandó construir todo el sistema defensivo que la protegería, dentro de una idea unitaria del conjunto territorial americano.

³³ Herbert Eugene Bolton señalaba: "Así, desde San Agustín hasta San Francisco se extendió a lo largo del Continente una larga y débil línea de presidios —San Agustín, Apalache, Pensacola, Los Adaes, La Bahía, San Antonio, San Juan Bautista, Río Rande, San Sabá, El Paso, Santa Fe, Janos, Fronteras, Terrenate, Tubac, Altar, San Diego, Santa Bárbara, Monterrey y San Francisco— una línea de más del doble de largo de la frontera del Rhin-Danubio de los romanos, de quienes España aprendió su lección sobre defensa de fronteras". Herbert Eugene Bolton, "La misión como institución de la frontera en el septentrion de Nueva España", en Francisco de Solano y Salvador Bernabéu Albert (coord.), *Estudios (nuevos y viejos) sobre la frontera*, Madrid, CSIC, 1991, p. 54.

funciones que debía desarrollar en territorios alejados que serían ineficaces debido a la excesiva dependencia de los centros de decisión. Si bien hemos tratado en otros trabajos las características de estos espacios, en este caso nos interesa proyectar la imagen de las dos instituciones protagonistas del proceso y cómo en sus mismas estructuras reflejaron el reconocimiento a la mayor o menor participación de una de ellas en la programática de ocupación, la Corona.³⁴ Es por eso que no se puede entender su arquitectura y localización sin tener en cuenta el carácter religioso, político e incluso militar de su presencia.³⁵ Una Corona que inicialmente dio la espalda a la presencia jesuita, negándole la financiación de la empresa y que a la postre la expulsaría, después de haberla empleado como instrumento indispensable para el control territorial.

La fundación y edificación reflejaba una forma de entender la necesidad de articular el territorio, tal como venía siendo practicada en Nueva España desde el siglo XVI.³⁶ La construc-

³⁴ Rafael López Guzmán, Ana Ruiz Gutiérrez y Miguel Ángel Sorroche Cuerva, "Sistemas constructivos en la arquitectura religiosa del siglo XVIII en las misiones de Baja California del Sur (México)", en Miguel Arenilas, Cristina Segura, Francisco Bueno y Santiago Huerta (coords.), *Actas del Quinto Congreso Nacional de Historia de la Construcción, Burgos, 7-9 Junio 2007*, Madrid, Instituto Juan de Herrera/SedHC/CIPPU/CEHOPU, 2007, pp. 577-586. Miguel Ángel Sorroche Cuerva, "Baja California. El espacio patrimonial", en Miguel Ángel Sorroche Cuerva (ed.), *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California. Estado de la cuestión y perspectivas de futuro*, Granada, Atrio, 2011, pp. 39-77.

³⁵ Tenemos que tener presente que en el caso de las misiones jesuitas el componente militar estaba integrado en su misma estructura, mientras que en el caso de las dominicas que conforman el segundo de los bloques, serán los fuertes como se tienen registrados en Santo Domingo o San Vicente, la muestra más evidente de la persistencia de esa función ya en la segunda mitad del siglo XVIII.

³⁶ Cfr. Robert Ricard, *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004; y Gloria Espinosa Spínola, *Arquitectura de la Conversión y Evangelización en la Nueva España durante el siglo XVI*, Almería, Universidad, 1999; y Gloria

ción de las misiones, en las que el misionero se convertía en promotor en los territorios no ocupados, implicó la necesidad de conformar una imagen unitaria que reflejara el nuevo orden, por lo que no se dudó, como hemos señalado, en dotarlas de apariencia de fortaleza. A través de las misiones se buscaba expandir, controlar y promover la frontera, además de evangelizarla y civilizarla.³⁷ Ello incluía una homogenización de su imagen en tanto elemento que debía identificar al nuevo sistema.

Los problemas que tenía España a la hora de proceder a la ocupación de territorios tan vastos era la escasa población que participaba del proceso y posteriormente habitaba estos espacios.³⁸ Esto llevó a la Corona a contar con las poblaciones indígenas de aquellos territorios que iba ocupando y en su caso a miembros de aquellos grupos que se mostraron desde un principio a favor de la presencia española.³⁹ Junto a ello España consideraba que debía velar por la preservación de los nativos y elevar su civilidad, por lo que contó con el papel del misionero como predicador, maestro y disciplinador.⁴⁰

Espinosa Spínola, "El proceso de evangelización en Nueva España. Elementos básicos de la religiosidad en Baja California", en Miguel Ángel Sorroche Cuerva (ed.), *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California. Estado de la Cuestión y perspectivas de futuro*, Granada, Atrio, 2011.

³⁷ Bolton, "La misión", 1991, p. 50. Cfr. Peveril Meigs, *La frontera misionera dominica en Baja California*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1994.

³⁸ No perdamos de vista que a inicios del siglo XVII se tenía conciencia de que estos territorios eran españoles y ocupaban de mar a mar, es decir desde La Florida a California, lo que de alguna manera hará entender el concepto unitario que se tuvo respecto a las acciones a emprender.

³⁹ En ese sentido el papel que jugaron los tlaxcaltecas debe ser tenido como referente, ya que fueron llevados a Filipinas para ayudar a la ocupación de las islas.

⁴⁰ Para entender la verdadera función de los religiosos Cfr. Miguel del Barco, *Historia Natural y Crónica de la Antigua California*, México, UNAM, 1988; Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la Península Americana de California*, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1989; Francisco Palou, *Cartas desde la Península de California (1768-1773)*, México, Porrúa, 1994;

De las dos instituciones implicadas en la ocupación y control en Baja California, como venimos diciendo, es sin duda la Iglesia la que a través de las órdenes religiosas ha dejado un testimonio más evidente de su presencia como gran protagonista. Las fuentes que nos describen la labor desarrollada por los jesuitas en las tierras bajacalifornianas reflejan un proceso complejo de control territorial y puesta en producción de un espacio tremendamente agreste. Esta idea permite entender cómo en la dinámica desarrollada en Baja California jugará un papel importante la localización de puntos de agua que garantizaran el abastecimiento de la población y la puesta en cultivo de terrenos que adolecían de suelo fértil, que en ocasiones tuvo que ser transportado de un lugar a otro para poder crear parcelas de cultivo, necesarias para mantener a las poblaciones que vivían en ellas. Se incorporaba de esta forma la realidad previa a la llegada europea como indispensable para el éxito del proceso iniciado a finales del siglo XVII.⁴¹

La misión funcionó como elemento indispensable para el control de la frontera, donde su condición de avanzada de la colonización, regulada legislativamente para evitar problemas, no impidió que las distintas condiciones históricas que enfrentó modificaran estos aspectos, por ejemplo su carácter temporal.⁴² Se convertía de este modo en un elemento que debió enfrentarse a problemas generados por su relación con la población civil, que en un momento dado presionó para que la secularización de las propiedades de las misiones, y el acceso a las mismas fuera más rápido, circunstancia que se acentuaba cuando cum-

plía su función como organismo dependiente de la iglesia y el Estado. Entonces su papel en la frontera era más complejo, iba más allá de la mera cristianización, convertía, protegía y añadía funciones de expansión, dominio y civilización.⁴³

La misión y el misionero se convertían de esta forma en pieza clave de un ensamblaje donde el papel del Estado se definía por el deber de extender la fe, dentro de la perspectiva social de la civilización europea que veía al cristianismo como un rasgo propio.⁴⁴ En todo ello, como señalamos, para la iglesia y el Estado la función del misionero era expandir el cristianismo y convertir al pagano. Cumplía una función que no acababa con la conversión, había que civilizarlo, de ahí que la misión tuviera dos vertientes claramente definidas, la de cristianización y de adoctrinamiento, en las que el arte y la arquitectura jugaban un papel básico.⁴⁵ La esencia de la misión fue la disciplina religiosa, moral, social e industrial y su misma disposición física estaba determinada en función de la norma que por medio del trabajo había llevado a regular la vida del indígena, controlando su tiempo y esfuerzo.⁴⁶

La Compañía de Jesús llegó a Nueva España en 1572, en un momento en el que las tierras a evangelizar ya se habían repartido entre las tres primeras órdenes religiosas que

⁴³ *Ibid.*, p. 45.

⁴⁴ "En el reparto de tareas entre la Corona y la iglesia, les correspondió a los misioneros conquistar al indio para la fe católica. Sin embargo, la labor de los religiosos trascendió con mucho la pura evangelización. En este campo fue especialmente difícil separar la política del Estado y de la iglesia, lo profano de lo sagrado. Conquistar para la fe suponía conquistar al indio en la dirección de la cultura española; en términos más amplios, la cultura europea ù occidental". Jiménez, *El Gran Norte*, 2006, p. 224.

⁴⁵ Bolton, "La misión", 1991, p. 53.

⁴⁶ No cabe la menor duda que el papel de la misión dentro del proceso de adoctrinamiento de la población indígena obligaba a convertirla en espacio referencial al que había que acudir cada cierto tiempo. Ese hecho hizo de ella el elemento clave en el adoctrinamiento, proyectando la idea del nuevo orden que se imponía. Cfr. Ignacio del Río, *Conquista y Aculturación en la California Jesuítica 1697-1768*, México, UNAM, 1984.

Francisco Javier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California*, México, Porrúa, 1970.

⁴¹ Al respecto es sintomática la localización de la misión dominica de San Miguel Arcángel de la Frontera, tierra adentro, controlando un amplio valle y construida sobre un antiguo conchero prehispánico. Cfr. Meigs, *La frontera*, 1994, p. 190.

⁴² Bolton, "La misión", 1991, p. 46.



Iglesia de la misión de San Francisco Javier 1757–1758. Fotografía tomada por el autor.

desembarcaron en el nuevo continente, y en una etapa monárquica en la que Felipe II estaba más ocupado por solventar problemas surgidos en Europa —entre los que destacaban los de cariz religioso, como la revuelta morisca de la Alpujarra granadina entre 1568 y 1571, o la presencia turca en el Mediterráneo oriental— que en los acontecimientos desarrollados en la por entonces periferia virreinal. Fueron los jesuitas quienes redefinieron los esquemas y modelos franciscanos y determinaron soluciones derivadas de las propuestas desarrolladas en Roma en la segunda mitad del siglo XVI, que bebían de los logros del tránsito entre el medievo y el Renacimiento, donde el papel de la imagen era esencial como elemento de proyección ideológica.⁴⁷

⁴⁷ José Luis Bermeo (coord.), “Arte y espiritualidad jesuitas. Principio y fundamento”, *Artes de México*, núm. 70, 2004; y José Luis Bermeo (coord.), “Arte y espiritualidad jesuitas II. Contemplación para alcanzar amor”, *Artes de México*, núm. 76, 2005.

No cabe la menor duda que la Compañía debió ajustarse a los espacios libres, coincidentes en la inmensa mayoría de los casos con las que hemos considerado zonas periféricas del virreinato. La labor emprendida les llevó a desarrollar un trabajo arduo en territorios distantes de los centros de decisión, lo que implicó la adaptación a esas nuevas circunstancias. En tanto que pieza clave de la política española, la misión sirvió al Estado para afianzar la frontera por lo que, siempre que fuese provechoso, contó con la ayuda de la Hacienda Real, cosa que no ocurrió al principio. No obstante, las posibilidades de ingreso de las misiones eran varias. Herbert Eugene Bolton, que pone como ejemplo a las franciscanas, señala para el siglo XVIII vías de ingreso que se pueden aplicar a las jesuitas y fue la iniciativa privada la que adquirió protagonismo.⁴⁸

La ayuda dependía de las posibilidades de vincular los fines políticos con los religiosos, adquiriendo importancia en las peticiones de los religiosos a la hora de solicitar recursos para el desarrollo de las actividades de la misión. Ello se puede ver perfectamente en el cambio de táctica en la fundación de las misiones, a partir de la expulsión de 1767, cuando el proceso orientado claramente hacia el golfo de California, intentó controlar no sólo las entradas al interior de la península, a través de los valles, los ríos y arroyos que descendían a la costa, sino los accesos que eran frecuentados por los grupos indígenas desde las serranías al litoral. Una función que se potenciaba con la presencia de componentes militares evidentes como estructuras defensivas fue el caso del fuerte de Santo Domingo o el

⁴⁸ Por un lado estipendios anuales de los misioneros, los denominados como sínodos; la protección militar con lo que conllevaba de contribución por esta vía a las misiones, la posibilidad de contar con subsidios iniciales para contextos especiales como ayuda a iniciar la construcción de la misión; y finalmente los donativos privados, que de alguna forma vinieron a compensar, en el caso de los jesuitas, la negativa inicial de la Corona a sufragar la aventura bajacaliforniana a través del Fondo Piadoso de las Californias. Bolton, “La misión”, 1991, p. 52.

también fuerte y los elementos torreados de San Vicente.⁴⁹ En cualquier caso, si la Corona no tenía un interés claro se hacía complicado conseguir recursos.

La lejanía de centros como Guadalajara o México, como señalábamos al principio, hizo que el misionero tomara un protagonismo que lo equiparó, tanto a él como a la misión, con la encomienda que tenía lugar en el centro de Nueva España, como han afirmado algunos autores. De esta forma, se puede entender mejor su relación no siempre fluida con los grupos civiles que se asentaron en la península, ya que se encargaron de atajar el vicio de la explotación y realizar la conversión, protección y civilización de los indígenas a través de la misión, funcionando como verdaderos gestores puestos al servicio de la Iglesia y del Estado.⁵⁰

FUNCIÓN Y SÍMBOLO

Las dependencias con las que contaba una misión estaban pensadas para las distintas funciones que debía cumplir.⁵¹ Como señala Bolton: "En la escuela se enseñaba a cantar, tocar instrumentos musicales, leer, escribir, y todos los oficios y buenas maneras"⁵² y del mismo modo debemos pensar que se contaba con otros espacios para otras tantas actividades, objetivos de especialización que se lograron, ya que hay referencias en otros contextos misionales pero que se pueden aplicar por su

⁴⁹ Cfr. *Ibid*, pág. 52; y Meigs, *La frontera*, 1994, pp. 129-143 y 155-167.

⁵⁰ Las relaciones de la población civil con los religiosos siempre se topó con el enfrentamiento respecto a sus vínculos con los grupos indígenas. La conformación de un sistema específico ha sido estudiada por diversos investigadores mexicanos. Remitimos a Ignacio del Río, *El régimen*, 2003.

⁵¹ "La misión fue el instrumento para la enseñanza de una nueva religión y de nuevos modos de vida. La misión fue también una unidad de producción y una fuente de mano de obra y de servicio para los religiosos. En el caso de las misiones jesuíticas se puede hablar de prosperidad y rentabilidad económica". Jiménez, *El Gran Norte*, 2006, p. 224.

⁵² Bolton, "La misión", 1991, p. 58.

contemporaneidad, como la de 1772 para la misión de San Antonio en Texas.⁵³

Desde el punto de vista material las misiones bajacalifornianas aunaban en su concepción la especialidad eclesial dimanada de los presupuestos del Concilio de Trénte, junto a la plasticidad de una escultura y pintura que complementaba la significación de los espacios interiores con una clara intencionalidad educativa. Materialidad y simbología se integraban en una concepción unitaria propia del barroco, donde cualquier detalle o espacio, por insignificante que pudiera parecer, cumplía su función dentro de un perfecto engranaje en el que la maquinaria contrarreformista tenía establecidas sus funciones.⁵⁴

El papel del edificio de la iglesia dentro del paisaje bajacaliforniano debía funcionar como referencia visual clara, al igual que la experiencia de los religiosos en Roma que explica perfectamente qué impresión debía provocar la visión de la basílica de San Pedro, acabada definitivamente en el primer cuarto del siglo XVII dentro del paisaje romano, como símbolo que marcaba el espacio.⁵⁵ Toda una programática que se entiende analizando el conjunto de la arquitectura religiosa jesuita en Nueva España, pero que se puede hacer extensible a las otras órdenes religiosas

⁵³ "Los indígenas, otrora desnudos salvajes, alimentados a base de tunas y conejos, habían adquirido ahora tal pericia y seguridad que 'sin la ayuda de los españoles son capaces de cosechar, irrigar campos para el cultivo del maíz, frijol y abundante algodón, y maíz castellano para obtener azúcar. Hay vacas, borregos, y cabras en abundancia', todo producto del cuidado y trabajo de los nativos", *Ibid*, p. 58.

⁵⁴ Bárbara Meyer de Stinglhamber, *Iglesias de la Antigua California. Fachadas y retablos del siglo XVIII*, México, INAH, 2008.

⁵⁵ El vínculo de los jesuitas con Roma convertía a ésta en un paso obligado para aquellos, de la misma manera que lo era una estancia mínima en la residencia de la orden en Sevilla antes de partir hacia América. La visión de la basílica de san Pedro en la primera y la formación en la segunda previo al embarco, marcan dos momentos que no se deben perder de vista.

implicadas, cuyos proyectos se circunscriben dentro de los ideales de cada una de ellas.⁵⁶

La iglesia se erigía de esta forma en elemento indispensable en un paisaje que se recristianizaba como espacio ordenado jerárquicamente desde un centro, que con su contundencia se convertía en un referente plástico y paisajístico y se enfrentaba al desorden que representaba lo no sacralizado. Una relación dialéctica entre el orden proyectado en el desarrollo de actividades colectivas e individuales perfectamente programadas y el desorden de lo desconocido, en un medio natural en apariencia caótico para la mente occidental, pero perfectamente organizado para los esquemas indígenas.⁵⁷ Sin duda la contundencia de la construcción de un edificio se veía como reflejo de la solidez con la que se llevaba a cabo el adoctrinamiento de las poblaciones indígenas, en un proceso paulatino reflejado en las mismas fases de su edificación, pasando de los jacales de ramas alas estructuras de adobe, para finalizar con la edificación de piedra.⁵⁸

Lejos de pensar que se trataba de edificios vacíos sin pretensiones, son construcciones en las que el objetivo era el

⁵⁶ Para entender la importancia de lo que venimos señalando, cfr. Marco Díaz, *La arquitectura de los jesuitas en Nueva España. Las instituciones de apoyo, colegios y templos*, México, UNAM, 1982.

⁵⁷ El papel que los símbolos como pinturas murales y petroglifos tienen en estos espacios junto a la misma naturaleza es hoy en día una cuestión aceptada. Una presencia de vértices que estructuran un territorio donde lo simbólico está muy presente. Respecto a la importancia de estos elementos remitimos a Don Laylander, Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson (eds.), *La prehistoria de Baja California. Avances en la arqueología de la península olvidada*, Mexicali, Centro INAH Baja California, 2010; María del Pilar Casado López (comp.), Lorena Mirambell Silva (coord.), *Arte rupestre en México. Ensayos 1899-2004*, México, INAH, 2005; y Johannes Neurath (coord.), *Por los caminos del maíz. Mito y ritual en la periferia septentrional de Mesoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica/Conaculta, 2008.

⁵⁸ Respecto a la labor científica de los jesuitas y su aplicación práctica, remitimos para una inicial aproximación a José Luis Bermeo (coord.), "Los jesuitas y la ciencia. Los límites de la razón", *Artes de México*, núm. 82, 2005.

adoctrinamiento a través de la imagen.⁵⁹ Los dos casos más destacados que nos han llegado, las iglesias de las misiones de San Francisco Javier y San Ignacio, ofrecen un repertorio plástico conformado por esculturas y pinturas en los que los dogmas de la Iglesia como institución se convierten en protagonistas de los programas.⁶⁰ Si bien nos centraremos en las decoraciones exteriores que ejemplifican perfectamente la idea desarrollada en este texto, dejamos la cuestión integral de los programas interiores para otro estudio más pormenorizado.

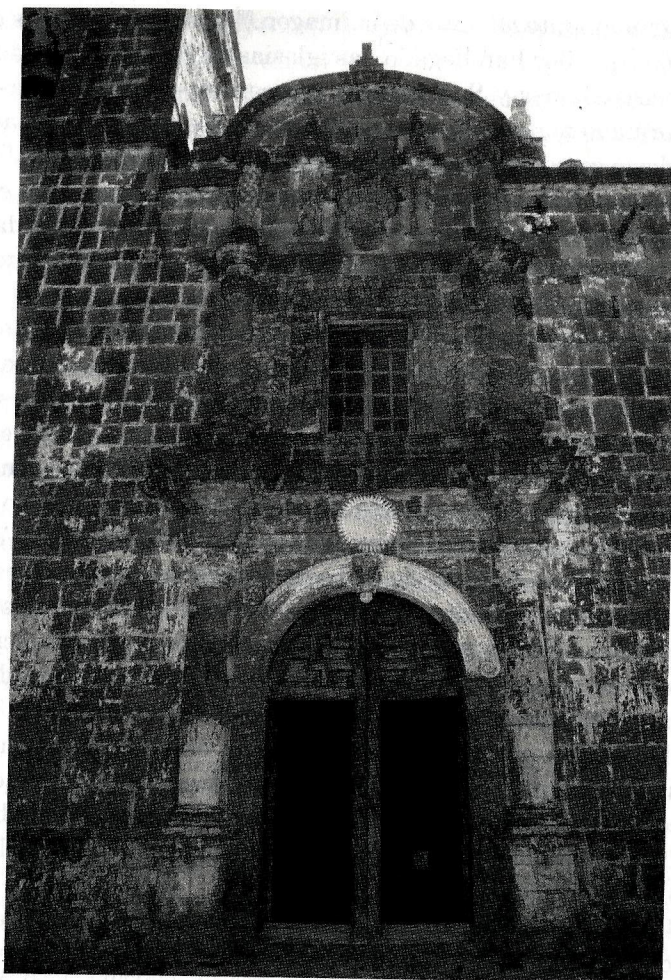
Desde el punto de vista externo, las fachadas de ambas misiones, junto con lo accesos laterales, presentan los programas decorativos más ambiciosos del conjunto de las misiones bajacalifornianas que han llegado hasta hoy, en algunos casos reproducen conceptos esquemáticos como los retablos, que en cualquier caso forman parte de los procesos de acabado que conocieron estas edificaciones tras la expulsión de 1767-1768.

En conjunto se trata de trabajos realizados bajo la dirección de misioneros, soldados o miembros de la sociedad civil que contaban con algunos conocimientos de escultura y arquitectura, quienes a su vez habrían sido artífices de la formación de algunos indígenas. Técnicamente adolecen de la perfección de las realizaciones que podemos encontrar en otros focos novohispanos, pero resulta interesante su interpretación de los elementos decorativos barrocos. La mano de obra indígena se percibe en el tratamiento de la talla de la piedra, muy plano y a bisel, que repite concepciones de otros contextos.

La misión de San Francisco Javier, se edifica durante el periodo jesuita y curiosamente no presenta en su decoración elementos que hagan mención a la Corona, aspecto que podemos

⁵⁹ Ricard, *La conquista*, 2004, pp. 264-281.

⁶⁰ Los inventarios que se hicieron en 1773 reflejan en parte la riqueza que atesoraron estos espacios. Cfr. Eligio Moisés Coronado, *Descripción e inventario de las misiones de Baja California, 1773*, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur/Conaculta/UABCS, 1994.



Fachada de la misión de San Francisco Javier, 1757-1758. Fotografía tomada por el autor.

considerar como consecuencia de la falta de apoyo inicial de ésta a la campaña emprendida en la península. Desde el punto de vista plástico concentra una mayor cantidad de decoración

en torno a los accesos y los vanos, donde portadas y ventanas se integran en un programa decorativo en el que lo arquitectónico, lo simbólico y lo geométrico forman parte de una unidad perfectamente lograda en la que participa tanto el exterior como el interior del edificio.⁶¹ El templo, finalizado en 1757 como reza en su fachada, aunque se consagraría un año después, responde a planteamientos barrocos que a pesar de su ingenuidad destacan en el contexto en el que se construyó. Edificado por el padre Miguel del Barco, la reinterpretación libre del canon barroco tiene en la fachada de los pies un interesante modelo fuera de los territorios centrales novohispanos.⁶²

Dispuesto en tres niveles, el acceso se ordena en el cuerpo inferior a partir de un arco de medio punto con la rosca decorada con cenefas de diversos motivos, entre los que destaca el cordón franciscano y la clave con la fecha de finalización. Flanqueado por medias columnas corintias sobre pedestales que sostienen un entablamento donde el friso se decora con una hojarasca típicamente barroca, en su centro se abre un medallón con rayos solares y en su centro el monograma jesuita del IHS. El espacio de las enjutas se decora con estrellas de ocho puntas, constantes en otros lugares.

El segundo cuerpo está centrado por la ventana que ilumina el coro. Es de los tres niveles el que presenta una decoración más profusa, conformada por frisos de estrellas de cuatro puntas y flores, donde de nuevo el motivo del cordón toma protagonismo y la interpretación barroca de las columnas que a un lado y otro la flanquean y decoran su fuste, tiene en el modelo salomónico su base, empleando corazones, gotas y de nuevo el cordón. La clave toma como elemento central una cruz que

⁶¹ *Ibid*, pp. 44-62.

⁶² Respecto a los modelos arquitectónicos empleados, consultar, James E. Ivey, "Las misiones como patrocinadoras de la arquitectura" en *El arte de las misiones del norte de la Nueva España, 1600-1821*, México, INAH/INBA/Sitios y Monumentos/Embajada de Estados Unidos, 2009, pp. 95-121.

parece formar parte de una corona, aunque su interpretación está abierta a múltiples propuestas. El último cuerpo se organiza en torno a una custodia solar sobre peana circular, flanqueada por estípites estilizados con decoración floral a lo que se añaden elementos frutales, todo dentro de un tímpano circular recorrido en su perímetro por una cenefa de flores y moldura que remata el conjunto de la fachada.

Junto a la anterior, las dos portadas laterales, abiertas en los muros del Evangelio y la de la Epístola, siguen el mismo esquema geométrico de la fachada, aunque simplificado. Dispuestas entre los contrafuertes laterales, se organiza en dos alturas. El frontispicio inferior se abre con el acceso cubierto con un arco conopial sobre pilastras y retropilastras toscanas con los fustes estriados, cuyos capiteles funcionan como impostas del arco y base de dos pequeñas pilastras, de nuevo toscanas, que sostienen un entablamento corrido con el friso convexo, base del segundo cuerpo. Abierto en torno a una ventana rectangular con doble cordón franciscano que la rodea, está centrado por una cruz con decoración geométrica ondulante, y a un extremo y otro reinterpretaciones del motivo clasicista del pináculo, sobre placas geométricas rectangulares que sirven de base a estrellas de ocho puntas. Remata el conjunto una ménsula central con decoración geométrica, y una cenefa corrida compuesta por estrellas de seis puntas. Tres pináculos cilíndricos a manera de antorchas con los fustes estriados rematan el extremo superior.

De distintas características son los elementos que podemos encontrar decorando los accesos de la misión de San Ignacio. Finalizada en 1786, su fachada principal se conforma en dos alturas, tres calles y una doble entrecalle central que flanquea el acceso y la ventana que ilumina internamente el coro. Se trata de una composición donde las pilastras se convierten en las protagonistas, ya que ordenan regularmente el rectángulo que conforma la fachada. La iconografía empleada plasma en una serie de elementos, la nueva situación ante la que se



Fachada de la misión de San Ignacio, 1786. Fotografía tomada por el autor.

encuentran las misiones, tras una primera fase de alejamiento respecto a la Corona, tal y como se ha señalado.

El escudo dominico sobre la entrada principal revela la orden que finalizó la edificación comenzada por los jesuitas. Dispuesto en una zona central, ocupa una posición destacada sobre la clave del arco mixtilíneo rematado en un par de volutas que cierra el acceso de los pies. Este se flanquea por sendas pilastras jónicas sobre las que descansa el arco, sirviendo el escudo dominico como nexo con el entablamento del primer nivel, decorado con rombos y sostenido por pilastras toscanas, donde las huellas de una reinterpretación de modelos clásicos queda en las gotas que en grupos de cinco cuelgan del mismo. A un lado y otro del acceso, el escudo real borbónico y los símbolos imperiales del *Plus Ultra* con las columnas y el globo terráqueo coronado, no sólo hablan de la contemporaneidad de la colaboración Real sino de los símbolos de un pasado durante el que se gestó la presencia española en Baja California. Completan este



Detalle de la portada lateral de lado de la Epístola de la misión de San Francisco Javier, 1757 – 1758. Fotografía tomada por el autor.

primer nivel sendas ventanas circulares en las que la solución decorativa de la moldura exterior que recorre la rosca del hueco y su interrupción por medio de una pareja de capiteles jónicos, muestra la constante reinterpretación de los componentes heredados de la arquitectura herreriana típicos de finales del siglo XVI en la arquitectura española y que se extendieron a los esquemas del barroco más clásicos en el XVII.

El piso superior, que repite el esquema del inferior, modifica la decoración del entablamento que lo cierra y se ordena entorno al paño central abierto con una ventana rectangular decorada con estrellas y medias columnas dóricas sobre peanas voladas que sostienen un entablamento derivado de los esquemas toscanos con sus métopas y triglifos que lo limitan a un lado y otro. Rematan en su extremo inferior y el centro de la ventana un triángulo o pirámide invertida con bola, de nuevo recuerdo de los complementos escurialenses. En los paños

extremos, ventanas circulares donde la rosca se ofrece decorada con elementos estrellados y cuatro rectángulos definiendo un esquema cruciforme, completan un conjunto que solo en sus elementos figurados rompe con el esquematismo y geometría hasta ahora descritos. En las entrecalles, aparecen cuatro hornacinas con peanas que repiten la forma descrita en el piso superior, de pirámide invertida con bola en el extremo. Las cuatro figuras responden a las imágenes de San Pedro y San Pablo en el piso inferior, y Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís en el superior.⁶³

Las portadas laterales, abiertas en el primer tramo del cuerpo de la iglesia, vuelven a evidenciar un perfecto conocimiento del clasicismo arquitectónico que también se detecta en otros sectores del edificio. En este caso, y al igual que en San Francisco Javier, se disponen entre los contrafuertes laterales, en este caso interpretados dentro de las proporciones de un orden gigante toscano sobre pedestal de reminiscencias vaticanas, y que se potencia con la decoración de sillar fingido que cubre el edificio. Los accesos se abren con arcos de medio punto sostenidos sobre pilastras toscanas, con la clave moldurada. En el mismo eje, se abre una ventana rectangular con el perímetro decorado con una cenefa de flores de cuatro pétalos y sobre ella una hornacina con una imagen de difícil identificación que presenta en la fachada del lado de la Epístola decoración de estípites, muy ingenua. La integración de la decoración dentro de todo el conjunto se entiende con la cenefa que recorre todo el edificio a modo de banderolas que definen arcos conopiales y que es la misma que se puede ver en el interior como en el frente de los escalones de acceso a la capilla mayor.

En líneas generales, en el caso de las misiones de Baja California, podemos afirmar que los elementos plásticos son un buen termómetro para calibrar las características de los

⁶³ Meyer de Stinglhamber, *Iglesias*, 2008, pp. 63-82.

momentos históricos que envolvieron la construcción de estos edificios. Más allá de estar al servicio de la iconografía propia de cada una de las órdenes que intervinieron en su edificación, testimonian en parte la relación entre ellas. No obstante, junto a esto, pueden servir para determinar el grado de relación con la institución regia y el papel de ésta en el proceso que las vio aparecer. Estos componentes, junto con los programas interiores, son un testimonio evidente de las circunstancias que se dieron en el siglo XVIII en torno a las misiones bajacalifornianas.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, Salvador, "Haciendas y presidios en la protección del Camino Real de Tierra Adentro", en Manuel Criado de Val (coordinador), *Caminería hispánica, Actas del III Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, Morelia, Michoacán, 1997.
- ARNAL, Luis, "El Sistema presidial en el septentrión novohispano, evolución y estrategias de doblamiento", *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. X., núm. 218 (26), agosto de 2006.
- BAEGERT, Juan Jacobo, *Noticias de la Península Americana de California*, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1989.
- BARCO, Miguel del, *Historia Natural y Crónica de la Antigua California*, México, UNAM, 1988.
- BERMEO, José Luis (coordinador), "Misiones jesuitas", *Artes de México*, núm. 65, 2003.
- , "Arte y espiritualidad jesuitas. Principio y fundamento", *Artes de México*, núm. 70, 2004.
- , "Arte y espiritualidad jesuitas II. Contemplación para alcanzar amor", *Artes de México*, núm. 76, 2005.
- , "Los jesuitas y la ciencia. Los límites de la razón", *Artes de México*, núm. 82, 2005.
- BERNABÉU Albert, Salvador, *El gran norte mexicano. Indios,*

- misioneros y pobladores entre el mito y la historia*, Sevilla, CSIC, 2009.
- BOLTON, Herbert Eugene, "La misión como institución de la frontera en el septentrión de Nueva España", en Francisco de Solano y Salvador Bernabéu Albert (coordinadores), *Estudios (nuevos y viejos) sobre la frontera*, Madrid, CSIC, 1991.
- BRANIFF, Beatriz. (coordinadora), *La Gran Chichimeca. El Lugar de las rocas secas*, México/Milán, Conaculta/Jaca Book, 2001.
- CASADO López, María del Pilar (compiladora), Lorena Mirambell Silva (coordinadora), *Arte rupestre en México. Ensayos 1899-2004*, México, INAH, 2005.
- CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia de la Antigua o Baja California*, México, Porrúa, 1970.
- CRAMAUSSEL, Chantal, *Rutas de la Nueva España*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 2006.
- CORONADO, Eligio Moisés, *Descripción e inventario de las misiones de Baja California, 1773*, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur/Conaculta/UABCS, 1994.
- DÍAZ, Marco, *La arquitectura de los jesuitas en Nueva España. Las instituciones de apoyo, colegios y templos*, México, UNAM, 1982.
- DOMÍNGUEZ Ortiz, Antonio, *España, tres milenios de historia*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
- ESPINOSA Spínola Gloria, *Arquitectura de la Conversión y Evangelización en la Nueva España durante el siglo XVI*, Almería, Universidad, 1999.
- , "El proceso de evangelización en Nueva España. Elementos básicos de la religiosidad en Baja California", en Miguel Ángel Sorroche Cuerva, *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California. Estado de la Cuestión y perspectivas de futuro*, Granada, Atrio, 2011.
- GALERA Andréu, Pedro, "Carlos V y la Alhambra" en *Carlos*

- V y *la Alhambra*, Catálogo de la exposición celebrada entre el 24 de julio y el 30 de diciembre de 2000, Granada, Patronato de la Alhambra y el Generalife/Consejería de Cultura, 2000.
- GARRIDO Aranda, Antonio, *Organización de la iglesia en el reino de Granada y su proyección en Indias. Siglo XVI*, Sevilla, Universidad de Córdoba-EEHA, 1979.
- GRUZINSKI, Serge, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- GUTIÉRREZ Cruz, Rafael, "La Corona española y el gobierno de los presidios africanos: las instrucciones al comendador Girón en 1540" en *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España, v Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, 1998.
- IVEY, James E, "Las misiones como patrocinadoras de la arquitectura" en *El arte de las misiones del norte de la Nueva España, 1600-1821*, México, INAH/INBA/Sitios y Monumentos/Embajada de Estados Unidos, 2009.
- JIMÉNEZ, Alfredo, *El Gran Norte de México. Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*, Madrid, Editorial Tébar, 2006.
- LAYLANDER, Don Jerry D. Moore y Julia Bendímez Patterson (eds.), *La prehistoria de Baja California. Avances en la arqueología de la península olvidada*, Mexicali, Centro INAH Baja California, 2010.
- LEÓN Velazco, Lucila del Carmen, "Indígenas, misioneros y soldados en Baja California durante la administración franciscana y dominica" en Miguel Ángel Sorroche Cuerva, *El Patrimonio cultural en las misiones de Baja California. Estado de la Cuestión y perspectivas de futuro*, Granada, Atrio, 2011.
- LÓPEZ Guzmán, Rafael Ana Ruiz Gutiérrez y Miguel Ángel Sorroche Cuerva, "Sistemas constructivos en la arquitectura

- religiosa del siglo XVIII en las misiones de Baja California del Sur (México)", en Miguel Arenilas y Cristina Segura y Francisco Bueno y Santiago Huerta (coords.), *Actas del Quinto Congreso Nacional de Historia de la Construcción*, Burgos, 7-9 Junio 2007, Madrid, Instituto Juan de Herrera /SedHC/CICCP/CEHOPU, 2007.
- MAGAÑA Mancillas, Mario Alberto, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, La Paz, Gobierno del Estado/Instituto Sudcaliforniano de Cultura/El Colegio de Michoacán/Conaculta, 2010.
- MEIGS, Peveril, *La frontera misional dominica en Baja California*, Mexicali, Instituto de Investigaciones Históricas Universidad Autónoma de Baja California, 1994.
- MEYER de Stinglhamber, Bárbara, *Iglesias de la Antigua California. Fachadas y retablos del siglo XVIII*, México, INAH, 2008.
- NEURATH, Johannes (coord.), *Por los caminos del maíz. Mito y ritual en la periferia septentrional de Mesoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica /Conaculta, 2008.
- NIESER, Albert N, *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1998.
- PALOU, Francisco, *Cartas desde la Península de California (1768-1773)*, México, Porrúa, 1994.
- PARRY, John H., *Europa y la expansión del mundo. 1415-1715*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003 (edición original 1949).
- PITA Moreda, María Teresa, *Los predicadores novohispanos del siglo XVI*, Salamanca, Editorial San Esteban, 1992.
- POWELL, Philip W., *La guerra chichimeca (1550-1600)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- RICARD, Robert, *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes*

- mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- RÍO, Ignacio del, *Conquista y Aculturación en la California Jesuítica 1697-1768*, México, UNAM, 1984.
- , *Crónicas jesuíticas de la Antigua California*, México, UNAM, 2000.
- , *El régimen jesuítico de la Antigua California*, México, UNAM, 2003.
- ROSENTHAL, Earl E., *El palacio de Carlos V*, Madrid, Alianza, 1988.
- SERRANO Álvarez, José Manuel, "Cabildo y presidios en Texas en los tiempos de Felipe de Rábago", en *El municipio indiano: Relaciones interétnicas, económicas y sociales*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2009, pp. 383-392.
- SERRERA, Ramón María, *Tráfico terrestre y red vial en las indias españolas*, Madrid/Barcelona, Ministerio del Interior/Lunweg Editores, 1992.
- SILVA Dias, J.S. da, *Influencia de los descubrimientos en la vida cultural del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992 (edición original 1973).
- SORROCHE Cuerva, Miguel Ángel, "Baja California. El espacio patrimonial", en Miguel Ángel Sorroche Cuerva (ed.), *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California. Estado de la cuestión y perspectivas de futuro*, Granada, Atrio, 2011.
- WEBER, David J., *La frontera española en América del Norte*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- , "La idea de la Spanish Borderlands" en Salvador Bernabéu Albert (ed.) *El septentrión novohispano: Eco-historia, sociedades e imágenes de frontera*, Madrid, CSIC, 2000.